

Un Humanismo del control social. La utopía de la eugenesia

A Humanism of Social Control. The Utopia of Eugenics

Gustavo Vallejo*

Fecha de Recepción: 24/03/2022

Fecha de Aceptación: 20/06/2022

Resumen: *Una manera todavía insuficientemente explorada de pensar el Humanismo puede hallarse en el reconocimiento de su intersección con las formas de ejercer el control social que fueron diseñadas a través de perspectivas utópicas. Para insertarnos en la comprensión de esta problemática, indagaremos aquí cuestiones que comprenden aspectos del origen y el derrotero de la eugenesia. Así, nos detendremos en el análisis de un corpus concebido por el campo científico de la Inglaterra victoriana para incidir en las políticas de estado y, al hacerlo, daremos cuenta de instrumentos teóricos generados dentro de este marco para administrar, con una pretendida eficiencia, los recursos materiales y humanos de la sociedad capitalista. En nuestro abordaje de la eugenesia nos focalizaremos en el pensamiento utópico de Francis Galton, con el propósito de examinar un tipo de Humanismo que nació y se desarrolló con la expresa finalidad de custodiar hegemónicamente a un sistema fundado en la libertad de mercado, a través de medios que incluyeron la creación de una disciplina científica y la voluntad de ungrir esa disciplina en religión del futuro.*

Palabras clave: *eugenesia – utopía - humanismo capitalista – insularismo - Francis Galton*

* Doctor en Historia por la Universidad Nacional de La Plata (UNLP). Investigador del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). Docente en la Facultad de Ciencias Médicas de la UNLP.

Este trabajo integra las tareas desarrolladas en el Posdoctorado en Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. También forma parte de los proyectos: “Ciencia, racismo y colonialismo visual”, ID2020-112730GB-I00 del Ministerio de Ciencia e Innovación (Madrid, España) y PIP-CONICET 112-202001-00407CO del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) (Buenos Aires, Argentina). El autor agradece a Patricia Funes su colaboración en el Posdoctorado en Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. Correo electrónico: 1208gvallejo@gmail.com.
ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-4730-2455>

Abstract: *A still insufficiently explored way of thinking about Humanism can be found in the recognition of its intersection with the ways of exercising social control which was designed through utopian perspectives. To insert ourselves into the understanding of this problem, we will investigate here issues that include aspects of the origin and course of Eugenics. Thus, we will stop at the analysis of a corpus conceived by the scientific field of Victorian England to influence state policies and, in doing so, we will give an account of theoretical instruments generated within this framework to manage, with an alleged efficiency, the material and human resources of capitalist society. In our approach to Eugenics, we will focus on the utopian thought of Francis Galton, to examine from here the purpose in which a type of Humanism was born and developed with the express goal of being hegemonically oriented to guarding a system founded on freedom of market through means that included the creation of a scientific discipline and the will to anoint that discipline as the religion of the future.*

Keywords: *Eugenics – Utopia - Capitalist Humanism – Insularism - Francis Galton*

En 1869 Francis Galton¹ creyó haber descubierto la manera de ofrecer a la humanidad una solución para mejorar progresivamente las condiciones generales de las poblaciones, hasta la llegada del momento en el que ya no habría incapaces². Se trataba

¹ Francis Galton nació en 1822 en Birmingham. Su familia se había enriquecido con la fabricación de armas y, particularmente, su padre, con los negocios bancarios. En su formación Francis, el hijo menor de 7 hermanos, prolongó el espíritu de su padre, apegado al cuaquerismo más severo. Para integrarse al mundo institucional de la ciencia inició sus estudios de Medicina pero fue su matrimonio con Louisa Butler lo que favoreció esa anhelada integración, debido a que la familia de su mujer pertenecía al mundo académico de Cambridge. A ello se sumaron las recomendaciones de su primo, Charles Darwin y los viajes realizados por África que le permitieron ingresar a las sociedades más exclusivas (Royal Geographical y Royal Society) donde trató con frecuencia a Spencer y Huxley. Dentro del campo científico los intereses de Galton se dispersaron inicialmente entre la meteorología, la geografía, las estadísticas, hasta que a partir de la década de 1860 halló la forma de reunir todos sus conocimientos en lo que sería la eugenesia. Murió en Surrey en 1911 (Álvarez Peláez, 1985 y 1988); (Kevles, 1986, pp. 12-23).

² El tema fue introducido por Galton en *Macmillan's Magazine*, a través de los artículos aparecidos en junio y agosto de 1865, "Hereditary Talent and Character" y "Hereditary Genius: An Inquiry into Its Laws and Consequences". Éste último, ampliado, se convirtió en un libro publicado en 1869 que contiene uno de los principales fundamentos de la eugenesia, debido a que Galton sostenía que allí había demostrado que las cualidades de los hombres geniales se heredan.

de la eugenesia, una propuesta que en 1883 terminaba de configurarse³, sobre la base de un propósito que, *a priori*, no podía resultar más loable como era el de elevar las cualidades de los individuos aunque, al hacerlo, venía a exacerbar hasta el paroxismo la partición binaria de un sistema clasificatorio que en la modernidad definió tajantemente la oposición entre nosotros y los otros (Todorov, 1991, p. 115-202). Lo hacía ahora, en la certeza de que, dentro de esa partición, reconocer a tiempo a aquellos que debían ser separados constituía una de las claves para avanzar hacia el bienestar colectivo. Con ello nacía una forma de entender al humanismo como el marco dentro del cual era lícito producir precisas exclusiones, y sobre la base de ese respaldo, la eugenesia rápidamente alcanzó un inusitado suceso que posibilitó implementar su programa, que era también el de una gran utopía⁴.

La eugenesia era una directa expresión del ultraliberalismo de la Inglaterra victoriana que demandaba organizar la sociedad a partir de medidas científicas que legitimaran a los sectores más encumbrados, aquellos que, dentro de la lógica positivista imperante, tras haber sido elevados a ese sitio por el progreso, buscaban un orden que cristalizara la posición alcanzada. Mirando desde este prisma a la eugenesia, vale decir, focalizando su íntima relación con una forma de ejercer el poder, buscaremos analizarla como expresión de un humanismo fundado en la resignación de los derechos de amplias mayorías, en función de una soberanía situada en quienes desde lugar opuesto en la escala social, ejercían el poder de decidir cómo debía ser el futuro de la población. Esa forma de gobernanza tendría expresiones de violencia directa, pero también de no pocas muestras de sometimiento voluntario a nuevas élites, porque la sola expectativa de llegar a pertenecer al grupo que ella podía seleccionar abría un escenario de consensos, aún en quienes podían ser objeto de sus controvertidas decisiones.

La eugenesia se constituyó en una utopía y más aún como la consumación de la

³ En 1883 Galton publicó *Inquiries into Human Faculty and its Development*, donde reunió abundante material antropológico y para dar coherencia a todos estos trabajos creó el nombre de eugenesia para designar a una disciplina específica.

⁴ Kevles subtítulo su obra con el interrogante acerca de si la eugenesia es ¿ciencia o utopía? Se alude así a una oposición irreconciliable entre ambos términos, que trasunta también una valoración positiva o negativa de la eugenesia según se trate de una disciplina ligada a uno u otro término (1985).

utopía capitalista, favorecida por precisas formas hegemónicas que fueron asumidas por la ciencia y la religión. Si pensamos con Horkheimer que la intencionalidad marca las diferencias que existen en las utopías, la eugenesia en Galton claramente expresaba los anhelos profundos del capitalismo, asumiendo la función de proteger a los sectores encumbrados y a su descendencia, para así perpetuar la dominación ejercida por una clase a la cual se le investía de cualidades biológicas para ser presentada como “la raza superior”.

En ese sentido, y frente a un extendido sentido común que ha visto en la eugenesia a una mera expresión de totalitarismo ajena a la función civilizatoria de Occidente, buscamos aquí insertarnos en aspectos del modo en que un tipo de humanismo y su matriz utópica, amalgamados en la Inglaterra victoriana, pudieron desplegarse sobre la confluencia de factores civilizatorios como la ciencia, el liberalismo y la religión.

La utopía de una religión científica

Existen prácticas y disciplinas que tienen su origen en una palabra surgida como una necesidad social de referirse a aquello que irrumpe en el devenir histórico para aportar una gran novedad. Esa designación de las cosas para reconocer su existencia puede ser asociada al carácter nominalista atribuido al positivismo, en su necesidad de establecer fundamentos para reconocer el estatus de la ciencia (Kolakowski, 1988, pp. 13-23), en tanto importante refuerzo a la tarea clasificatoria dirigida a unir palabras y cosas (Foucault, 1991).

Sin embargo, hay términos con los que pasa algo diferente a lo que el positivismo prescribiría y, la eugenesia, justamente, es uno de ellos. Aunque como disciplina haya sido creada por Galton en 1883 uniendo los vocablos griegos *eu*, bueno y *genes*, origen⁵, existía como idea en la antigua Grecia. De hecho, como bien sabemos,

⁵ En 1883 Galton utilizaba por primera vez la palabra eugenesia que significaba “de buena raza, dotado hereditariamente de nobles cualidades”, y agregaba que era aplicable igualmente “al hombre, las bestias

distintas ciudades griegas la practicaban, destacándose la particular severidad con la que lo hacía Esparta, al eliminar los niños que no parecían ser suficientemente fuertes desde el emblemático monte de Taigetos.

Deteniéndonos en esta particularidad, la eugenesia puede ser pensada en relación a otra noción que tuvo su origen como idea mucho antes de que se creara un término que la calificara. Nos referimos a la utopía. El inglés Tomás Moro creó esa palabra en 1516, reuniendo dos vocablos griegos, *u* no y *topos* lugar, dando origen a un género literario, pero también a formas de aproximarse a la realidad desde un desplazamiento hacia la imaginación con las más diversas derivaciones⁶. Pero varios siglos atrás, Platón ya había planteado suficientes ideas que le valdrían ser considerado el primer utopista de la cultura occidental, en reflexiones que también apuntaron a prever cómo sería una sociedad perfecta regida por la implementación de prácticas eugénicas⁷.

Es decir, eugenesia y utopía tienen muchas cosas en común, empezando por ese origen etimológico, distanciado en el tiempo de ideas que en uno y otro caso estaban presentes en la antigua Grecia, donde también puede hallarse la compartida fascinación por una sociedad perfecta. De hecho, si asociar lo bueno, impulsando su reproducción a partir de la conformación de grupos homogéneos para garantizar una óptima descendencia podemos considerar que ha sido una honda preocupación eugénica, esa cuestión ya fue definida claramente en la *República*:

y las plantas. Deseábamos ardientemente una palabra breve que permitiera expresar la ciencia de la mejora de la materia prima, que de ninguna manera se limita a cuestiones de emparejamiento juiciosos, sino que –y especialmente en el caso del hombre– toma conocimiento de todas las influencias que tienden, aunque sea en grado más remoto, a dar a las razas o linajes de sangre más adecuados, una mayor probabilidad de prevalecer, con más rapidez que lo que normalmente pudieran hacer, sobre los menos adecuados” (1988, p. 104).

⁶ Utopía es el lugar que no existe pero sería deseable que existiera. En tal caso también puede ser entendido como Eutopía, el mejor de los lugares (Moro, 1987).

⁷ Es importante tener en cuenta el contexto en el que surgió *República*. El texto fue escrito entre los años 389 y 369 a.C., con el trasfondo de las graves consecuencias de derrota de Atenas en la guerra del Peloponeso. De allí se desprende el propósito de generar un plan para revertir la decadencia y proteger a la ciudad contra agresiones exteriores y sacudidas revolucionarias interiores. Fue pensado así como un remedio para la incuria de Atenas (Trousson, 1995, p. 58).

Es necesario que las mujeres y los hombres mejores tengan relaciones asiduas y que, por lo contrario, estas relaciones sean poco frecuentes entre los individuos inferiores de uno y otro sexo; es necesario, además, criar a los hijos de los primeros y no de los segundos, si queremos que nuestros ciudadanos sean de la mejor calidad posible (...). Los hijos de los individuos inferiores e igualmente los de los otros, si nacen con alguna deformidad, serán ocultados, como es debido, en algún lugar secreto e incierto. (Platón, 1993, pp. 298-299).

Galton tuvo muy presente los antecedentes eugénicos expresados en la tradición griega, a los que refirió con insistencia. Desde su óptica, los griegos eran una “raza superior”, que en la época de Pericles había alcanzado un nivel de inteligencia de 2,5 puntos por encima del nivel medio de los ingleses del siglo XIX (Álvarez Peláez, 1985, p. 67). Sin apartarse demasiado de lo sostenido en la *República*, Galton planteó en 1869 que tomando el ejemplo de criadores de perros o caballos, “así debería ser de factible el producir una raza de hombres altamente dotada por medio de bodas sensatas a lo largo de varias generaciones consecutivas” (1988, p. 38). Luego terminaría de precisar los alcances de la eugenesia en 1904, año en el que donó los fondos para instituir en la Universidad de Londres la beca de investigación de la Eugenesia Nacional y expuso ante la recientemente conformada *Sociological Society* su definición, alcances y propósitos, al señalar que era “la ciencia que trata de todas las influencias que mejoran las cualidades innatas de una raza; también trata de aquellas que la pueden desarrollar hasta alcanzar la máxima superioridad” (Galton, 1988, p. 165). Así, en la Universidad de Londres se conformó un registro de familias aptas para determinar los componentes hereditarios de la capacidad, inaugurándose la *Eugenics Record Office*, compuesta de una colección de genealogías, en su mayor parte de figuras procedentes de la *Royal Society*. Dos años más tarde, la *Record Office* se transformaba en el Laboratorio Galton para la Eugenesia Nacional que pasaba a dirigir Karl Pearson quien, además, junto a Galton fundó en 1907 la *Eugenics Education Society*, de la que el propio creador de la eugenesia fue su primer presidente honorario, sucedido por Leonard Darwin, hijo de

Charles.

Mejorar lo mejorable, para elevarlo a lo más alto en la escala biológica y social era una más explícita forma de llevar a cabo aquello que ahora inscribía dentro de la noción de Eugénica Nacional, para calificar con ella al “estudio de los medios que están bajo el control social, que pueden beneficiar o perjudicar las cualidades raciales de las generaciones futuras, tanto física como mentalmente” (Álvarez Peláez, 1988, p. 27). Galton no dejaba de explorar las posibilidades para que los medios se convirtieran en fines, y las especulaciones teóricas en realidades concretas. Y para avanzar en ese sentido fue enfatizando la búsqueda de convertir este corpus científico en un gran factor de poder y, avizorando que la religión podía proveerle de una ayuda significativa, llegó a anunciar que la eugenesia sería la religión del futuro, en lo que parecía ser también una muy *aggiornada* prolongación de aquella aspiración depositada por Augusto Comte en lo que podría lograr la ciencia adoptando la potencia unificadora de la fe⁸.

La eugenesia era, según la óptica de su creador, la acción de la evolución, contenía las medidas prácticas para acelerar sus resultados a través de una teoría llamada a convertirse en una “religión científica y moderna” (La Vergata, 2013, p. 236). Y, más aún, luego diría que “debía ser introducida en la conciencia nacional como una nueva religión” para que se convirtiera “en el futuro en una meta religiosa ortodoxa, puesto que la eugenesia coopera con los trabajos de la naturaleza asegurando que la humanidad estará representada por sus razas más aptas”. De hecho, no veía “ninguna imposibilidad en que la eugenesia se convirtiera en un dogma religioso de la humanidad” (Galton, 1909, pp. 42-43), en una suerte de fe laica.

También pensaba que la religión debía evolucionar y, hacerlo, significaba que se volviera científica: puesto que las personas enfermas que rezan no recobran la salud por esa sola acción, la religión era importante en la estructuración de la moral pero, como creía Galton, debía adaptarse a los tiempos que corrían. Entre quienes desde la

⁸ Para reconstruir el lazo o solución de continuidad entre los fenómenos naturales y los morales que vio cortarse abruptamente por la modernidad, Comte pensó en la conformación de un organismo, un cuerpo social inspirado en el papel unificador de la Iglesia que se materializaría a través de una Religión Positiva (Vallejo, 2007, p. 44).

religión siguieron ese llamado, se hallaba William Ralph Inge, un deán anglicano y médico para el cual la Iglesia debía reconocer que los cambios en el conocimiento obligaban a modificar “nuestros métodos para enfrentar el mal”, por lo que pedía paciencia a “mis amigos científicos” porque “con nosotros, los clérigos seremos los custodios naturales de las tradiciones raciales” (Inge, 1909: 36). Así, y de una manera recíproca, si la eugenesia requería de la religión para extender sus alcances, la religión hallaría a través de la eugenesia un medio para modernizarse científicamente. Un periódico liberal, refiriéndose a *Inquiries into Human Faculty*, decía en 1883 que ese libro de Galton buscaba “manejar todos los problemas de la naturaleza humana por un método estadístico que eleva el darwinismo a una nueva religión” (Álvarez Peláez, 1985, p. 133).

Los seguidores de Galton prolongaron estas ideas y en 1912, en el Primer Congreso Internacional de Eugenesia, Leonard Darwin, proclamó que la eugenesia debía sustituir a la religión, incluso en la “búsqueda del Grial” (La Vergata, 2013, p. 237).

Por su parte, Galton también amplió su estrategia persuasiva, sumando ideas racistas que en Europa tenían un extendido reconocimiento académico a un programa presentado más de una vez con el formato de una utopía.

Un antecedente significativo en la formulación del racismo científico reside en los Cursos de Antropología y Geografía que Immanuel Kant dictó entre 1756 y 1797⁹. En ellos el filósofo alemán se ocupó de las razas humanas y de su manifestación en distintas clases biológicamente originales y geográficamente distribuidas, donde era el color de la piel aquello que evidenciaba esas diferencias. Clasificó a los humanos por su “raza” y localización dentro de una geografía “moral” en la que distinguía a blancos (europeos), amarillos (asiáticos), negros (africanos) y rojos (indios americanos). Luego añadió una oposición entre las comunidades europeas y no europeas por poseer o no una cualidad sobre la que insistentemente recurriría Galton, como era el talento. Pero a

⁹ Esta faceta que resulta poco explorada en la trayectoria del sabio alemán despertó el interés de Foucault quien previó un proyecto que finalmente no lograría plasmar.

pesar de carecer de talento, entre las razas no europeas podían establecerse diferencias de acuerdo al grado de educabilidad: mientras los americanos eran ineducables, los negros podían serlo, pero solo para que fueran esclavos (Chukwudi Eze, 2009, pp. 214-215). La piel blanca y su localización en el norte de Europa indicaban el punto más alto en una escala que descendía según las diferencias que pudieran reconocerse, situando en un segundo peldaño a los rojos cobrizos de América, en el tercero a los negros de Senegambia y en el cuarto a los amarillos olivo de India. Y, valiéndose de una matriz hipocrática añadía la incidencia del clima para deducir que la civilización decaía pasando del frío al calor (Chukwudi Eze, 2009, p. 220), para concluir en que la “esencia” de la humanidad, aquella por la que solo merecía recibir el atributo de dignidad, se sintetizaba en “blanco”, europeo y macho. Tras esta definición subyacía el rol de guardián de la imagen que Europa tenía de sí misma como entidad superior y del resto del mundo como bárbaro (Chukwudi Eze, 2009, p. 238).

Galton prolongaría esa tarea dirigida a velar por el sostenimiento de la superioridad racial europea, precisando que sus esfuerzos debían dirigirse a la raza de más elevada civilización de su tiempo, como consideraba que era la británica. Y, del mismo modo que lo hacía Kant desde su antropología, Galton contraponía la raza anglosajona a la negra para señalar que de ésta última no surgían jueces, hombres de estado, comandantes, hombres de la literatura y ciencia, poetas, artistas y eclesiásticos, lo que demostraba que los negros no estaban dotados para la civilización, pues carecían de talento (Álvarez Peláez, 1985, p. 120). Para el padre de la eugenesia, ello era una prueba más de que el talento se heredaba.

Las relaciones entre la antropología de Kant y el hereditarismo de Galton pueden ser también entendidas como el punto de partida de más intensas interacciones que entablaría la eugenesia con el mundo intelectual alemán. Pearson tenía la certeza de que Nietzsche tomó de Galton su doctrina de desprecio y desdén hacia los débiles, con la cual gestó la noción del “superhombre” (Pearson, 1930, pp. 118-119). Luego, Alfred Ploetz, quien acuñó en Alemania el concepto de *Rassenhygiene* (Higiene racial), tras interesarse por los trabajos de Galton traduciría en 1905 las conferencias brindadas

en la *Sociological Society* y trabajos aparecidos en el *Journal of Social and Racial Biology* (Turda, 2010, pp. 64-65), con los que se profundizó la influencia de la eugenesia británica en esa nación, que ya se mostraba por demás permeable a las derivas sociobiológicas del darwinismo. De hecho, la metafórica expresión *struggle for life* fue por entonces traducida al alemán con excesivo énfasis puesto en el vocablo *Kampf*, que sugiere agresión y guerra al pie de la letra (Girón Sierra, 2008, p. 157)¹⁰.

Volviendo a Galton y el sentido utópico con el que concibió y promovió su gran creación, la eugenesia, casi a modo de balance de una prolongada labor científica, escribió en el final de su vida una utopía cuyo título, *Kantsaywhere*, genera un juego de palabras del que puede interpretarse que significa, “No puedo decir donde” y, a la vez, “Kant nos indica dónde ir”.

Galton ya se había referido antes a la función social de la utopía como forma de divulgación de la eugenesia en varias oportunidades. En *Hereditary Genius* (1869) decía:

Permítasenos, pues, dar alas a nuestra fantasía e imaginación en una Utopía (o una Laputa, si se quiere), en la cual se hubiera desarrollado un sistema de exámenes competitivos para chicas así como para jóvenes, hasta el punto de incluir toda cualidad importante de la mente y el cuerpo, y donde se destinara anualmente una suma considerable a los matrimonios comprometidos a producir niños que se convertirán en eminentes servidores del Estado. (Álvarez Peláez, 1985, p. 118).

Incluso llegó a imaginar el resultado triunfal de todas las acciones promovidas, el cual quedaría revelado cuando varones, eugénicamente procreados, llegaran a los 25 años con cualidades de “talento, carácter y vigor corporal de nuestra raza” que merecerían instituir una ceremonia pública anual llamada, precisamente, “Utopía” (Álvarez Peláez,

¹⁰ *Mein Kampf* (Mi lucha), será el nombre del tristemente célebre texto publicado por Adolf Hitler en 1926. Sobre los antecedentes de ese libro puede verse Kellerhoff (2016).

1985, p. 119)¹¹. Esa ceremonia se completaría con la premiación de las jóvenes damas de 21 años que poseyeran otras cualidades individuales complementarias como gracia, belleza, salud, buen carácter, habilidad doméstica consumada y libres inclinaciones, además de nobles cualidades de corazón y cerebro. Finalmente, se llevaría a cabo la celebración de 10 matrimonios entre los mejores de uno y otro sexo para atender el interés primordial del Estado (Álvarez Peláez, 1985, p. 119)¹². La abadía de Westminster sería el sitio del evento y sus alcances se prolongarían con donativos posnatales para estimular la procreación de muchos descendientes de cada pareja eugénicamente seleccionada. La felicidad de las parejas era algo secundario dentro de esta concepción utópica que colocaba lo colectivo por sobre los deseos personales y allí quedaba en claro que lo individual entrañaba muchas más obligaciones que derechos. El matrimonio era el eje de esta preocupación y, si en las utopías esa institución como la familia a menudo estaban ausentes, aquí su presencia obedecía excluyentemente a la calidad de la prole que fuera a engendrar. En caso de considerarse comprobada que la prole sería buena, el requisito se desplazaba hacia la cantidad de hijos que aportara para el bien de la raza¹³.

Este plan utópico, con su vasta función modélica, venía a contrarrestar la decadencia en la que Galton veía sumida a una parte de la raza inglesa por efecto de la vida en la ciudad, a la que le atribuía la disminución en la fertilidad en las mujeres y en el vigor de los varones. Pero además, el estímulo a los matrimonios de aquellos individuos seleccionados, evitarían el inconveniente para la eugenesia que había detectado en el carácter de la mujer que, al ser “caprichosa y esquiva” y carecer de la rectitud del hombre, podría aparearse “con el primero que se le apareciera”. Con ello

¹¹ Laputa era una isla imaginaria descrita en el libro *Los viajes de Gulliver* (1726) de Jonathan Swift.

¹² También en la utopía de *La Ciudad del Sol* (1602), se establecía una selección eugénica que incluía el establecimiento de la edad para el matrimonio y la selección de los cónyuges. Los varones a los 21 años y las mujeres a los 19 se casaban en un acto que estaba estrechamente vigilado, a través de emparejamientos llevados a cabo según prescripciones médicas para la mejora de la raza. (Campanella, 1987, pp. 160-161).

¹³ En las utopías, muchas veces sucede que la familia ha desaparecido. La célula familiar llega a ser entendida como un núcleo refractario al orden social y hace que se prefieran los intereses particulares a los de la ciudad (Trousson, 1995, p.48).

era evitada, entre los hombres, una lucha por el amor en las que gana el más fuerte, con la consecuencia funesta de que la raza degenerara por falta de selección sexual. En esa línea de pensamiento iba su recurrente tendencia a extremar la polaridad de géneros, para enfatizar el valor de una masculinidad ejemplar, sobre la cual reposaba la función prioritaria la definición de la raza futura (Stern, 2010, p. 179).

Galton siguió insistiendo en el papel modélico que tenía la utopía, invocándola en cada paso que daba hacia la consolidación de la eugenesia. Así, en 1891, expresó la esperanza de poder “elevar gradualmente el nivel, actualmente miserable, de la raza humana a uno en el cual las utopías de los países de sueño de los filántropos se vuelvan posibilidades prácticas” (La Vergata, 2013, p. 236)¹⁴.

Como sucedió con distintos impulsores de utopías, la mentalidad especulativa teórica de Galton no eclipsó nunca una clara voluntad de poder, con la que pretendía intervenir sobre la decadencia advertida en las consecuencias indeseadas de la sociedad industrial. Así, exhibía públicamente su propuesta, como un plan que merecía recibir la atención de los grandes líderes para que lo llevaran a la práctica, con las mismas expectativas con las que Platón ofreció su *República* a Dionisio el joven.

Galton había concebido así una gran utopía que para acrecentar sus alcances requirió situarla en correspondencia con la religión. No porque ello significara dotar a la eugenesia de un sentido explícitamente religioso, sino porque incluso como muchas otras utopías aspiraba a ocupar su lugar, tendía a ser en sí misma una religión, a través de un constructo en el que Dios se hacía hombre para que lo social fuera religión (Trousson, 1995, p. 21). Esa reconversión en Galton consistiría en entronizar a la biología y divinizar al eugenista, aquel que indicaba el camino que debía seguir la sociedad para su mejora futura, dentro de una arriesgada apuesta que también, desde la insistente apelación a la religión no dejaba de reconocer ciertos signos de una intrínseca debilidad¹⁵.

¹⁴ Ese discurso fue pronunciado en la División de Demografía del Séptimo Congreso Internacional de Higiene y Demografía, el 11 de agosto de 1891.

¹⁵ Para W. Decoo la religión en la utopía es la señal misma de su fracaso a bastarse a sí misma (Cfr. Trousson, 1995, p. 19).

Insularismo y distopía

La relación de la eugenesia con la utopía se extiende a su negación, la distopía, noción gestada en la segunda mitad del siglo XIX que también tuvo un creador inglés, en este caso John Stuart Mill. Con esa palabra se pasó a tematizar una sociedad indeseable en sí misma, que sería lo que la eugenesia advertía que podía suceder sin que su intervención llegara a producirse a tiempo. Aunque, como sucedió con la utopía y con la eugenesia, estaba nominalizando una noción que no era nueva y, de hecho, también expresaba rasgos de un pensamiento situado que cobró impulso tras la expansión desatada con el inicio de la modernidad. Vale decir, si el insularismo ha sido una frecuente manifestación en el género utópico a través del descubrimiento de un sitio óptimo e inexpugnable que se presenta como contracara de la insatisfactoria vida real, merece la pena advertir que esa oposición reposaba, cuanto menos desde Tomás Moro en adelante, sobre el mismo punto referencial: la isla ideal a la que se llegaba a través de un largo viaje era así el reverso directo de la isla imperfecta de la que se partía.

Los límites geográficos y los riesgos futuros que ellos entrañaban pasaron ser, entonces, el principal móvil civilizatorio, desde el momento en el que el colonialismo adquirió una función central. William Shakespeare dio corporeidad a esas ideas a través de personajes arquetípicos con los que surgieron las figuras culturales que emblemataron la oposición entre nosotros y los otros, a través de Ariel y Calibán, el buen y el mal esclavo, respectivamente. En Calibán se magnificaba el peligro de esa “otredad”, al ser caracterizado como un monstruo que se volvía contra su maestro, Próspero, y amenazaba con propagar todas sus desdichas al intentar violar a su hija, Miranda¹⁶. Era, precisamente, la encarnación cultural de aquella entidad a la que debía

¹⁶ En *La Tempestad*, gran parte de la tensión dramática gira en torno a Ariel y Calibán, los habitantes precoloniales de la isla. Ariel es un ser espiritual que sirve a Próspero bajo la promesa de su libertad. Calibán, hijo de una bruja, es un monstruo aborígen que, a diferencia de Ariel, se resiste a obedecer a Próspero. Ariel es luminoso, ordenador, encarnación de la serenidad y la claridad, imagen clásica de la belleza griega y lo apolíneo; y Calibán es monstruoso, irracional, libidinoso, excesivo, desbordante,

impedírsele su reproducción, para que la utopía no fuera afectada por la distopía, y con ello, entonces, quedaba definido como un problema fundante en esa instancia de expansión colonial el de garantizar la gobernanza velando por la eugenesia.

Utopía y distopía eran parte de un mismo constructo que remitía a la sociedad perfecta imaginada a través de una colonización exitosa, y a los riesgos de que una colonización fallida afectara la provisión de recursos a la metrópoli. Del éxito de la empresa de domesticación de una naturaleza lejana, y de su concomitante normalización interna, dependía el bienestar dentro de un marco preciso que era el de la insularidad inglesa, en tanto característica geográfica y cultural que volvió insoslayable los límites reconocibles, alentando a pensar cómo administrar de la mejor manera los recursos que se poseían en relación a los habitantes que serían sus destinatarios.

Como queda claro, estas reflexiones nos conducen directamente al “principio de escasez”, que Robert Malthus estableció para un territorio donde la población crecía geoméricamente y los alimentos aritméricamente. En este caso, la creación del neologismo que se prolongaría en el tiempo no provendría del autor de esa teoría sino de lo sucedido cuatro décadas después de su muerte cuando, en 1877, nació en Londres la Liga Malthusiana¹⁷. La obra de Malthus influiría decisivamente sobre Charles Darwin, puesto que si los recursos eran limitados, cabía pensar indefectiblemente en una población creciente que debería sostener una lucha por la supervivencia, de la cual solo los más aptos podrán tener éxito, entendido como la aptitud para sobrevivir y dejar descendencia fértil, en lo que era para Darwin el decurso completo de la evolución.

desafiante del poder político y, en fin, personificación del principio dionisiaco. Ellos encarnan la civilización y la barbarie en territorios coloniales (Jáuregui, 2010).

¹⁷ En 1877 se fundó en Londres la Liga Malthusiana. Luego, el malthusianismo (o neomalthusianismo) también dio origen a versiones bien diferenciadas de su implementación en el marco del corpus galtoniano. El Birth Control fue una consigna que logró aglutinar al primer feminismo. También fue impulsado por el anarquismo contra la presión capitalista por la reproducción de la fuerza de trabajo, siendo la “huelga de vientres” llevada a cabo en Barcelona en 1908 un resonante episodio dentro de esta tendencia. Ese neomalthusianismo contestatario hizo de la cuestión sexual una bandera de lucha contra la moral victoriana, promoviendo la separación entre placer y procreación. Véase: (Klausen, Bashford, 2010); (Molero Mesa; Jiménez Lucena y Tabernero Holgado, 2018).

Pero aquello que en 1859 quedaba inscripto de manera excluyente en la noción de selección natural, sobre la cual Galton tenía grandes reparos porque no veía que en el mundo social fuera esa la vía idónea para especializar hombres de estado o jueces, fue repensado por el propio padre de la teoría de la evolución, quien en 1871 abrió explícitamente las puertas a la selección artificial. Entre medio Darwin admitió que con él su primo “había convertido un antagonista”, porque siempre había pensado que los hombres no diferían mucho en inteligencia, sino por entusiasmo y tesón en el trabajo, pero “ahora sabemos, gracias a las obras admirables de Galton, que el genio tiende a heredarse” (Kevles, 1986, p. 25).

Animado por esta convicción que lo llevó a criticar a John Stuart Mill por defender el papel a la educación y el ambiente en la modificación de los individuos, Darwin se refirió en 1871 a la selección artificial practicada en Esparta, donde “la ley disponía que todos los niños fuesen examinados a poco de haber nacido, y consentía la vida a los bien formados y vigorosos, haciendo morir a todos los otros” (2020, p.31). Y luego agregaba una entusiasta adhesión al programa impulsado por su primo:

El mejoramiento del bienestar de la humanidad es un problema de los más intrincados. Todos los que no puedan evitar una abyecta pobreza a sus hijos deberían abstenerse del matrimonio: pues la pobreza es no tan solo un gran mal, sino que tiende a aumentarse, conduciendo a la indiferencia en el matrimonio. Por otra parte, como ha observado Mr. Galton, si las personas prudentes evitan el matrimonio, mientras que las negligentes se casan, los individuos inferiores de la sociedad tienden a suplantar a los individuos superiores. El hombre, como cualquier otro animal, ha llegado, sin duda alguna, a su condición elevada actual mediante la lucha por la existencia, consiguiente a su rápida multiplicación: y si ha de avanzar aún más, puede temerse que deberá seguir sujeto a una lucha rigurosa. De otra manera caería en la indolencia, y los mejor dotados no alcanzarían mayores triunfos en la lucha por la existencia que los más desprovistos. De aquí que nuestra proporción o incremento, aunque nos conduce

a muchos y positivos males, no debe disminuirse en alto grado por ninguna clase de medios. Debía de haber una amplia competencia para todos los hombres, y los más capaces no debían hallar trabas en las leyes ni en las costumbres para alcanzar mayor éxito y criar el mayor número de descendientes. (Darwin, 2020, p. 445).

Galton, en tanto, iba ampliando el campo de las posibles aplicaciones previstas para su teoría. En 1891 se refirió a lo útil que podría ser la selección de variaciones y subrazas que se adaptaran especialmente, por ejemplo, a los climas tropicales y africanos, lo que contribuiría enormemente a mejorar el proceso colonizador (Álvarez Peláez, 1988, p. 24).

Planteos de este tenor recibieron crecientes adeptos y, así, la eugenesia tuvo un ferviente impulsor en William Ralph Inge, quien, además de buscar la confluencia entre eugenesia y religión, llegaba a las ideas de Galton siguiendo el camino trazado por la tesis de Malthus. Inge entendía que la población inglesa no podía seguir creciendo en la Isla, por lo que propuso llevar a hombres y mujeres británicas a otras regiones del Imperio, para que éste estuviera protegido de acechanzas militares externas y amenazas demográficas internas. En este proyecto de colonización para la defensa de la raza inglesa se enfatizaba que los desplazados solo provendrían de las masas de proletarios e indigentes.

Con la progresiva expansión experimentada por el respaldo de importantes miembros del mundo intelectual, la eugenesia se consolidó como una forma de garantizar aquello que podía ser entendido, dentro del liberalismo, como la más adecuada administración de los recursos, por estar basada en una distribución cuya justicia se fundamentaba en criterios estrictamente científicos. Como sostenía Inge, el punto de partida era proteger la raza británica y para eso debía distinguirse claramente cuáles eran los mejores y los peores exponentes, los que merecían integrar la metrópoli y recibir una parte proporcional de sus recursos y los que debían abandonarla o quedarse sin dejar descendencia. Vale decir, para la eugenesia era fundamental diferenciar

aquellos que solo generarían un gasto innecesario para el Estado de quienes en cambio estarían en condiciones de devolverle la inversión inicial que ellos habían demandado. También en esto el antecedente griego era importante, al atribuírsele a Asclepio infundir la idea de que “en una ciudad bien administrada cada ciudadano tiene una tarea que debe cumplir obligatoriamente y que nadie puede pasarse la vida enfermo dedicándose exclusivamente a cuidarse a sí mismo” (Platón, 1993, p. 217).



La Tempestad (c.1735), obra del pintor inglés William Hogarth (1697-1764).

De izquierda a derecha aparecen: Ariel, Próspero, Miranda y Calibán.

El espíritu de esa norma platónica resonaba en las ideas de Galton que en 1883 ya evidenciaban además el fuerte influjo malthusiano:

Podría objetarse que si una raza fuera demasiado saludable y enérgica habría una demanda insuficiente del ejercicio de las virtudes de la compasión y

abnegación, y el carácter del hombre se haría, en consecuencia, más duro. Pero no parece razonable el preservar razas enfermizas con el solo propósito de cuidarlas (...). No hay que temer que la miseria desaparezca alguna vez de la tierra, o que los compasivos dejen de encontrar objetos para su compasión; antes bien, en el momento presente las existencias exceden ampliamente la demanda: la tierra está abarrotada y sobrecargada de apáticos e incapaces. (Galton, 1988, p.105).

Ahora bien, definido el problema, era menester avanzar sobre los mecanismos necesarios para que fueran generadas las respuestas más eficaces. Primero hacía falta establecer claramente una división binaria en la sociedad de acuerdo a lo que sus integrantes representaban para el Estado en términos de ganancias o pérdidas dentro del marco de una sociedad capitalista, como también sostenía Inge. Con ello quedaba planteada la tajante oposición entre *fit* y *unfit*, el apto y el inepto, y lo que siguió fue la propuesta de generar mecanismos de reproducción diferencial para que en el futuro pudiera llegarse al estadio ideal en el que los ineptos fueran desapareciendo. El concepto *fit* de Galton apuntaba a una adaptación que iba más allá de la identificada por Darwin en la capacidad que tenían los animales que lograban, al procrear, tener una descendencia fértil. Para Galton, sucedía algo distinto en el mundo social, debido a que los más eficaces eran los sobresalientes y el problema esencial radicaba en que éstos, que pertenecían a las clases altas, estaban bien dotados en sus caracteres hereditarios y por eso merecían la calificación de *fit*, se reproducían menos que los que poseían inferiores cualidades, los *unfit*. Herbert Spencer había tratado de destrabar ese dilema aportando un fundamento de corte fisiológico, según el cual señalaba que existía una relación inversa entre el tamaño del cerebro y la fertilidad, de manera que cuanto mayor era la actividad mental, menor era la producción de esperma (Álvarez Peláez, 1985, p. 98).

La utopía eugénica era, de esta manera, consustancial a una tendencia a reducir la complejidad humana por efecto de un plan homogeneizador que vendría a satisfacer

los deseos íntimos de quien proyectaba a futuro su anhelo de reunir todo lo bueno que imaginaba y veía asociado a un único grupo, clase o sector social, que era sintetizado como “raza”, para librarla de los mayores males. Entre ellos, los que eran vistos en la intimidante reaparición monstruosa de Calibán y sus indeseables derivaciones en la descendencia biológica que dejaba una huella irreversible de la barbarie en el presente y en el futuro.

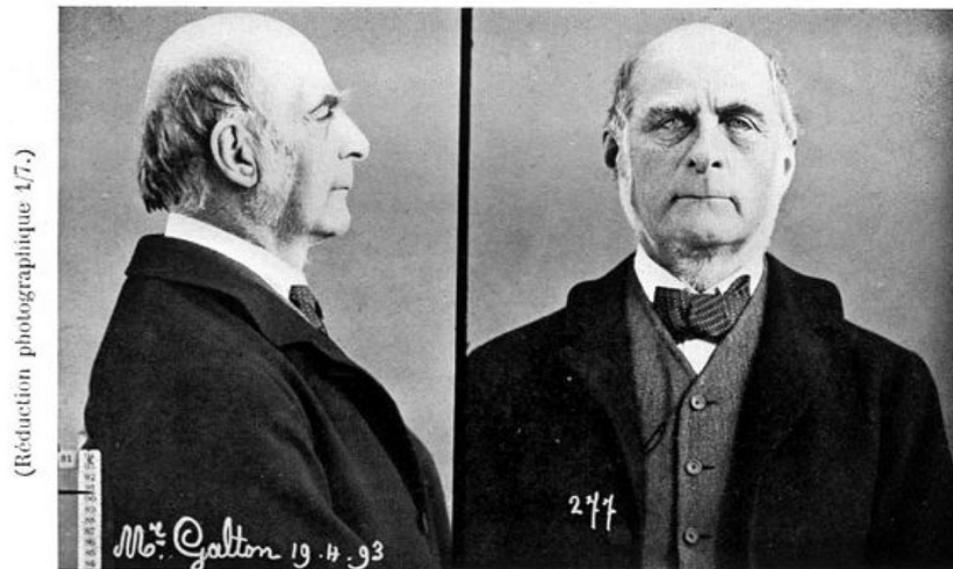
Esa amenaza ya estaba impactando a fines del siglo XIX en una realidad que ofrecía, en la vida miserable de las grandes ciudades, suficientes signos de preocupación sobre los cuales se abría paso el clamor eugénico para dar sustento a aquella intención utópica de basarse principalmente en la negación de lo que no se quiere. Sería así que Galton, alarmado por el avance de los signos de degeneración en la sociedad inglesa, estaba instando a pensar en los términos en los que la utopía se plantea desde la absoluta refutación, puesto que “si la realidad existente es la negación de una realidad posible mejor, la utopía entonces es la negación de la negación” (Neusüss, 1992, p. 44), o lo que era lo mismo, la negación de la distopía.

Pero cuando la eugenesia se formulaba como una determinación positiva de lo que se quería hacer, emergía la exaltación de un “nosotros” sobrecargado de narcisismo. El temor por el inadecuado lugar que pudiera llegar a ocupar esa otredad amenazante en la sociedad alentaba las comparaciones que, en última instancia, no hacían más que reforzar la idea de que “nuestra raza” era el mayor bien a custodiar, algo que también nos conduce a la Grecia antigua para reconocer en ella otro rasgo característico de la eugenesia y en particular de quien diseñaba un plan eugénico partiendo de sí mismo.

La imagen de Galton tomándose medidas antropométricas que contrastaría con las de miles de personas que pasaban por su laboratorio, no hacía más que recrear la vigencia del lecho de Procusto, aquella leyenda griega en la que su protagonista, dueño de un hostel en el Ática, recibía viajeros perdidos a los que conducía a la habitación donde se hallaba un camastro de hierro donde realizaba siempre la misma acción. Procusto sujetaba al huésped dormido en ese lecho preparado para sus propias dimensiones y, si aquella persona era más pequeña, estiraba sus extremidades para

hacerlas llegar a los límites, o si, por el contrario, era demasiado grande, cortaba lo que sobraba de sus extremidades. El mito que revela la formulación de una norma autoritaria basada en la idealización de las propias características de quien formula esa norma y pretende que ella sea taxativamente aplicada en todos los demás con una rigurosa exactitud¹⁸, sobrevolaría en cada nuevo plan eugénico. Custodiar las características de un “nosotros” idealizado era el prerrequisito para tener bajo control la “otredad” monstruosa que preanunciaba el advenimiento de la distopía.

Taille 1*	Oreille dr. / Long* / Larg*	Long*	Pied g.	Coul* de l'iris g.	N° de cl.	Agé de
Voûte		Larg*	Médus g.		Aur**	né le
Enverg 1*		Long*	Auric** g.		Pér**	a
Busto 0,		Larg*	Coudée g.		Part**	dep°
						Agé app°



Front.	Inclin*	Sex.	Racine (cavité)	Oreille droite	Bord. o. s. p. f.	Barbe	* (pig**)
	Haut*		Dos Base		Lob. c. a. m. d.	Cheveux	Cul** / sang*
	Larg*		Haut* Saillie Larg*		A. trg. l. p. r. d.	Car	Coint.
	Part**		l. l.		Pli. f. s. h. E	Autres traits caractéristiques :	
		Part**		Part.		Sig° dressé par M.	

Francis Galton, en su visita al Laboratorio de Bertillon en París, completando los

¹⁸ Entre las diversas interpretaciones suscitadas por aquel afán tiránico y arbitrario por ajustar todo a una idea preconcebida, puede situarse una crítica reciente al funciona miento parcelado de la ciencia (Palma, 2018).

datos requeridos por el sistema francés de identificación de criminales. Año 1893.

Kantsaywhere

Galton también escribió una utopía que reflejaba en el título el nombre de la ciudad ficcional en la que se desarrollan los acontecimientos: *Kantsaywhere*. Trabajó en ese texto entre mayo y diciembre de 1910, poco antes de producirse su fallecimiento, en enero de 1911. El texto permaneció inédito por el rechazo del editor al que lo envió el autor para su publicación, y varios años después Karl Pearson incluyó fragmentos del mismo a los que tuvo acceso en *Life, Letters and Labours of Francis Galton* (1930).

Kantsaywhere es una comunidad ideal fundada con un sentido meritocrático que contenía alusiones implícitas a Cambridge, donde poco antes Galton había sido reconocido como Miembro Honorario del *Trinity College* (Álvarez Peláez, 1985, p. 30).

En verdad, el título completo de la utopía era *El Colegio Eugénico de Kantsaywhere*, revelando así la función central de la educación en el plan eugénico, para enlazarla en una línea de continuidad histórica con obras del mismo género que atribuyeron a la pedagogía el mejor medio de acción directa sobre el material humano a fin de uniformizar las conciencias. Desde Platón, la educación confiada al Estado, fue en las utopías el reaseguro de que la norma se impondría para hacer prosperar en la sociedad el único modelo autorizado. En *Kantsaywhere*, la Escuela Eugénica, en tanto el centro de poder, era una institución que ejercía el control absoluto sobre la población, desarrollando las principales acciones para alcanzar una “raza superior”. Ellas comprendían, por caso, la evaluación y clasificación de los ciudadanos para identificar a aquellos que poseían las mejores cualidades (Pearson, 1930, p. 420), partiendo de un examen médico que era de carácter obligatorio debido a que, por ese medio, se accedía al certificado de cualidades genéticas que era exigido para realizar todo tipo de tarea.

Un lugar preponderante lo ocupaba la selección de inmigrantes, tema que entre todos los que integraban la agenda de la eugenesia fue aquel que más rápidamente logró permear la voluntad política en distintos países. En el Reino Unido la inmigración de la

Europa oriental, compuesta en gran parte de judíos, había sido intensa desde 1880, hasta que en 1905 se aprobó la ley de Extranjeros, que impedía la entrada de los pasajeros de tercera clase que “estuvieran enfermos o fuesen delincuentes o pobres en potencia”. Esta norma potenció los prejuicios y en adelante, los llegados “a Gran Bretaña del resto del imperio, y que no eran blancos, apenas merecían ser tenidos en cuenta” (Kevles, 1986, p. 88).

Kantsaywhere se mostraba a tono con esa tendencia a la que, además, buscaba apuntalar exhibiendo su rol ejemplarizador por medio de las más rigurosas formas de controlar el ingreso de extranjeros. Quien arribaba debía someterse al riguroso examen médico, y si éste arrojaba que el individuo examinado superaba las exigencias físicas y mentales, era admitido para la vida en la comunidad. Los que reprobaban el examen, eran considerados “indeseables y peligrosos” y por esa razón eran escoltados hasta los buques que los llevaban de regreso al lugar de donde habían venido. El costo de la deportación y otros incentivos eran afrontados por el Estado a condición de que el “indeseable” nunca regresara. Y si se negaba a emigrar, se los segregaría a colonias de trabajo situadas fuera de la ciudad, donde estos individuos “muy inferiores”, permanecerían segregados en monasterios y conventos, obligados a trabajar duro y vivir en celibato (Pearson, 1930, p. 269), o también se les permitía permanecer en la ciudad solo bajo una estricta vigilancia que asegurara que no procrearía (Pearson, 1930, p. 420).

Superar el examen médico de *Kantsaywhere* implicaba el acceso a derechos especiales. Quienes llegaba a esa instancia podían competir en una “prueba de honor” consistente en un nuevo sistema clasificatorio derivado de cuatro nuevas contiendas: las pruebas antropométricas, que registraban la estatura y otras medidas, el peso, la fuerza, la capacidad respiratoria, la visión, la audición y las marcas del cuerpo; las pruebas estéticas y literarias, que examinaban la habilidad en la lectura, en la escritura, en el canto, y la postura atlética; las pruebas estrictamente médicas que evaluaban la condición sanitaria; y las pruebas genéticas que buscaban evidencias de talentos o

enfermedades familiares¹⁹.

Los que terminaban imponiéndose serían recompensados con incentivos de todo tipo, sumándose a ello fondos otorgados para alentar la procreación múltiple entre los mejor calificados (Pearson, 1930, p. 414). Esto generaba óptimas condiciones para el futuro de la raza, de ahí que en *Kantsaywhere* las damas les daban muchos hijos nobles a sus maridos, como señalaba Galton desde su habitual apelación a una relación de género basada en la absoluta subordinación de la mujer al hombre.

Entre los inmigrantes admitidos podía hallarse el profesor I. Donoghue, un exitoso irlandés que a modo de Rafael Hitlodeo en la Utopía de Moro, describe con ojos de viajero lo que va observando en las costumbres de *Kantsaywhere* para volcarlo a su diario personal. Él mismo había pasado por pruebas similares a las que, anteriormente, eran sometidos los hombres ingleses para lograr su admisión en el Ejército, en la Armada y en la Administración Colonial de la India. Solo que ahora, esas pruebas eran más estrictas, especialmente en la parte médica, donde se tenían muchos más cuidados que los anteriores para satisfacer las expectativas de la Oficina de Seguros (Pearson, 1930, p. 415). Además, había tenido que dejar sus huellas dactilares y aprobar una prueba de genética antes de pasar por las pruebas antropométricas, que superó con éxito por ser un atleta formado en distintas disciplinas deportivas. Donoghue explicaba que allí lo que les preocupa a todos era lo natural y, por lo tanto, lo únicamente importante eran las características hereditarias (Pearson, 1930, p. 414), puesto que a eso se limitaba su noción de naturaleza. Se trata así de un mundo gobernado por valoraciones culturales investidas de normas inmodificables atribuidas a la naturaleza, entidad que contenía el principio vital que se debía atender a través de las medidas impulsadas por quien, como el eugenista, supiera interpretarla. De ahí se desprende la paradójica mirada de la naturaleza como aquello que debía ser dejado para que obrara, aunque a la vez, requería de una intervención de corte tecnocrática para que su resultado fuera el deseado.

¹⁹ Pearson señala que la descripción de las pruebas antropométricas y el ámbito en el que se realizaban en la utopía de Galton, presentaba fuertes similitudes con el laboratorio antropométrico que había montado en el *Science Museum South Kensington* que inauguró en 1884 en ocasión de la *International Health Exhibition*. Allí midió a unas 9.000 personas (Pearson, 1930, pp. 416-418).

Precisamente, la naturaleza exaltada era lo que la ciencia indicaba que merecía una primordial consideración, como los factores hereditarios, y en ningún caso trasuntaba en una posible relación con lo ambiental.

Galton no hacía más que prolongar aquí una convicción expresada desde los primeros esbozos de lo que sería la eugenesia y que puso particularmente de manifiesto al polemizar con el suizo Alphonse de La Candolle sobre la trascendencia de las variables *nature* y *nurture* (herencia y crianza/ambiente). Mientras La Candolle consideraba que los factores ambientales incidían considerablemente en el desarrollo de los organismos vivos, Galton rechazaba de plano que eso pudiera ocurrir, sosteniendo que existía una “vasta preponderancia de los efectos de la naturaleza sobre los de la crianza” (1988, p. 126)²⁰.

La idea de naturaleza que Galton volcó en *Kantsaywhere*, también remitía a una mirada de las poblaciones humanas como un conjunto de razas que fácilmente permitía asimilar clases sociales a especies animales. Y como creía firmemente que ningún miembro de la clase inferior podía pasar a la superior mediante la educación, ésta solo podía mejorar la inteligencia a partir de las dotes hereditarias de quienes por poseerla estaban en las clases superiores, concluía en que “así como un cocodrilo no puede llegar a gacela, un obrero o un negro, un individuo de clase inferior, no podrá llegar a ser nunca un integrante de la elevada clase media inglesa” (Galton, 1988, p. 167).

El razonamiento volvía sobre una drástica naturalización del lugar que ocupaban los sectores encumbrados explicada por la “herencia del genio”, noción que, a la vez, operaba como un mecanismo de selección artificial impulsado en nombre de la naturaleza para evitar que fueran alterados designios preestablecidos.

En el giro del siglo XIX al XX, el suceso alcanzado por ideas de este tenor había llevado a que el Estado inglés pusiera el foco sobre los *unfit*, originándose la discusión

²⁰ La Candolle atacó la tesis galtoniana de la herencia del genio publicando *Histoire des sciences et des savants depuis deux siècles* (1873). Galton, a su vez le respondió publicando *English Men of Science* (1874) y anunciando los resultados de sus estudios realizados sobre una muestra de 930 casos de personas adultas y 206 de parejas humanas en la *Royal Society* y en el Congreso de la Asociación Británica para el Adelanto de las Ciencias (Miranda, 2010); (Vallejo y Miranda, 2019, p. 456).

por la Ley de débiles mentales. La *Royal Commission on the Care and Control of the Feeble-Minded*, constituida en 1904, publicó un informe en el que sugería para esa población medidas como el confinamiento y la esterilización forzosa, mereciendo la entusiasta aprobación de Winston Churchill (Gilbert, 2009)²¹.

En la visión de las élites, ya era hora de que ellas pudieran conformar una sociedad susceptible de ser librada de todos los que evidenciaban su incapacidad de integrarse a la estructura productiva. La vena utópica de la atmósfera que favorecía estos planteos, supo ser captada por el inglés Herbert George Wells, quien publicó *Una utopía moderna* (1905), donde destacaba el rol de una minoría selecta y aristocrática que conducía una sociedad en la que la división de clases era el resultado de la clasificación en distintos los tipos psicológicos. Y entre éstos, los mediocres y vulgares, eran pasibles de ser esterilizados con el objeto de que, en el futuro, los individuos de ese tipo desaparecieran.

Debates parlamentarios y reflexiones utópicas de otros destacados intelectuales terminaban de configurar el sustrato sobre el cual Galton imaginó su *Kantsaywhere*. En esa comunidad ideal veía el eugenista inglés cumplido su propósito central que, como había señalado, era el de trabajar en pos de una raza de hombres “bien conformados, expertos en asuntos militares y atléticos, muy cortesanos y con un aspecto resuelto que sugiriera cualidades de luchador de un alto orden” (Stern, 2010, p. 176), porque solo a partir del advenimiento de esa clase de hombres podría ser conducida la evolución hacia una superación futura.

El mundo feliz de la eugenesia

Miranda, quien sin saberlo vive acechada por el mal que encarna Calibán, en el Acto V de *La Tempestad* al conocer por primera vez a gente diferente a su padre y protector,

²¹ Sobre los 12.000 deficientes mentales que tenía el Reino Unido, Churchill solicitó en una sesión parlamentaria que se los aisle “bajo las condiciones adecuadas, de manera que su maldición muera con ellos y no se transmita a las generaciones futuras” (Gilbert, 2009).

Próspero, lanzó una honda exclamación: se sentía inmersa dentro de “un mundo feliz”. La frase será retomada literalmente por Aldous Huxley²² para titular su utopía futurista de la eugenesia, donde la felicidad era el producto de cuidados mecanismos dirigidos a motivar esa sensación, tras restringir todas las alternativas que supusieran buscar alcanzarla por medios que no fueran los de repetir comportamientos inscriptos dentro de una inmodificable organización política y social.

Allí, los seres humanos se producen en forma artificial, hay castas sociales biológicas y un poder centralizado que logró erradicar la guerra y la pobreza, aunque a un costo muy elevado: los individuos deben resignar la libertad de elección y aceptar con felicidad la vida bajo un estado de servidumbre. El ejemplo de Miranda, que no tuvo la libertad de elegir a Calibán, si lo hubiera querido, por un mandato civilizatorio que pesa por sobre su propia decisión, inspira a Huxley a pensar en una sociedad que para verse despejada de conflictos requería establecer un sistema de opresión constante, donde oponerse de algún modo significaba, sin más, ser un salvaje. En *Un mundo feliz* (1932) esta condición se reforzaba en quien, merecía ese calificativo por desobedecer la prohibición de tener libros y, más aún, por haberse educado leyendo a Shakespeare.

En definitiva, la tecnología y la política crearon un mundo basado en la manipulación de las voluntades para conseguir que un campo de concentración se tenga a sí mismo por Paraíso terrenal y en nombre de la civilización se precipite la barbarie (Adorno, 1999, p. xxviii).

Ahora bien, si hasta aquí la utopía había sido la manera de trazar un plan que inscribiera todas sus intenciones dentro de una perspectiva humanista, el hecho de exaltar desembozadamente su espíritu totalitario merecía una nueva consideración. Ya no se trataba de una utopía, sino que, aun dentro del mismo corpus nacido de la insularidad inglesa, sería su negación, la distopía. Vale decir, la distopía dejaba de ser aquello que la eugenesia denunciaba y motivaba su intervención, para pasar a confluir en la propia eugenesia.

²² Aldous Huxley era el nieto de quien, siendo contemporáneo de Darwin, asumió la más enfática defensa de la “teoría de la evolución”.

Huxley dialoga con *La Tempestad* y por su intermedio con los orígenes modernos de la utopía y de la expansión colonizadora que fue alimentando el sentido de la eugenesia, y, además, retoma el insularismo utópico para resignificarlo. La isla que inicia la colonización de territorios y enuncia la necesidad de imponer un programa eugénico, era ahora una jurisdicción de escala planetaria, la isla lo era todo, incluso la Utopía donde las ideas imaginarias se llevaban a cabo. Pero se añadía un nuevo *locus* que será el refugio de los salvajes, aquellos que buscan escapar de las coerciones civilizatorias y al que *Un mundo feliz* sitúa en las Islas Malvinas.

En definitiva, de *Kantsaywhere* a *Un mundo feliz* queda trazado un camino que es el del paso de una comunidad ideal a una gobernanza global. Entre una y otra utopía median, a su vez, la síntesis del conjunto de ideas que Galton formuló a lo largo de su vida y las derivas que ella iban teniendo. Por caso, las esterilizaciones forzadas no eran parte del menú de soluciones habitualmente proclamadas por el científico inglés. El debate por la Ley de débiles mentales dio un particular impulso a ese tema en el Reino Unido, aunque a la postre no sería allí donde esas medidas radicales abrirían paso a las más drásticas formas de implementar la eugenesia. Eso sucedió en los Estados Unidos, a partir de 1907, cuando en Indiana se sancionó la primera ley que habilitó la esterilización de seres “inferiores” y, luego, claro está, el tema alcanzaría un incomparable horror dentro del nazismo.

Aún con el recaudo de reconocer que el mentor de la eugenesia y la cultura inglesa que la originó, no fueran los responsables de sus más trágicas aplicaciones, puede resultar por demás válido plantearse si la utopía capitalista de la eugenesia, tal como se la pensó, podía conducir a otra cosa que a la larga no fuera un orden en el que la capacidad de decisión para los integrantes de una comunidad quedara reducida a poco menos que una quimera que generara y cercenara sus sueños de libertad. Esto es, que condujera a una engañosa forma de hacer sentir al ciudadano común que sus sueños eran los de aquellos que los gestaban para ejercer el dominio sobre él.

En ese sentido, puede pensarse que la utopía eugénica cumplió la función de exacerbar en el sistema capitalista su condición excluyente, ofreciéndole el medio

científico para llevar a cabo los anhelos de los sectores más encumbrados con una convicción dogmática que era propia de la religión²³. Y, en tal caso, la eugenesia, en su larga duración histórica, está ahí para recordarnos el hilo invisible que puede unir el individualismo y el totalitarismo, para tener presente que configuran mucho menos una antítesis demandante de la elección de uno por sobre el otro que la necesidad de recrear permanentemente aquella disyuntiva que, para Adorno, se expresaba por *Un mundo feliz*. Ella quedaba reducida a la cuestión de si la sociedad va a determinarse a conducirse por fin a sí misma o si va a ceder esa tarea acompañando una catástrofe telúrica (1999, p. xxxi). Quizás porque aún muchos años después de planteada esta disyuntiva tengamos suficientes razones para seguir pensando que ella aún conserva su vigencia, es que podemos pensar que historizar la eugenesia es también un ejercicio que ayuda a entender el presente²⁴.

Referencias bibliográficas

- Adorno, Theodor (1999). Prólogo. En A. Huxley, *Un mundo feliz*. (Luys Santa Marina, Trad.). Porrúa.
- Álvarez Peláez, Raquel (1988). *Sir Francis Galton, padre de la eugenesia*. CSIC.
- Álvarez Peláez, Raquel (1988). Prólogo. En F. Galton, *Herencia y eugenesia* (pp. 9-36). Alianza.
- Campanella, Tomasso (1987). La ciudad de Dios. En T. Campanella, *Utopías del Renacimiento* (pp. 141-231). (Agustín Mateos, Trad.). Fondo de Cultura Económica.

²³ Incluso merece ser recordado que la Iglesia Católica rechazó las esterilizaciones pero nunca dejó de acompañar a la eugenesia implementada con otras medidas. Agostino Gemelli, vocero del Vaticano y a la postre, su principal enlace con los regímenes autoritarios del período de entreguerras, dio en 1924 una temprana definición: La Iglesia, lejos de ser enemiga de la eugenesia es su complemento imprescindible, ya que “la norma eugénica tendrá una aplicación más eficaz con la moral católica” (Vallejo y Miranda, 2014: 335). Esa postura sería refrendada por un documento oficial, la Encíclica *Casti Connubii* del Papa Pío XI, promulgada por el Papa Pío XI, en diciembre de 1930 (Vallejo y Miranda, 2014, p.335-337).

²⁴ Para seguir las continuidades históricas de la eugenesia y su pervivencia en debates actuales abiertos por la genética véase: (Rutherford, 2022).

- Chukwudi Eze, Emmanuel (2009). El color de la razón. La idea de “Raza” en la Antropología de Kant. En W. Mignolo (comp.), *Capitalismo y geopolítica del conocimiento* (pp. 195-240). Del Signo.
- Darwin, Charles (2020). *El origen del hombre y la selección en relación al sexo*. (José del Perojo y Enrique Camps, Trad.). Libros de la Catarata.
- Foucault, Michel (1991). *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*. (Elsa Frost, Trad.). Siglo XXI editores.
- Galton, Francis (1909). *Essays in Eugenics, Eugenics Education Society*. The Eugenics Education Society.
- Galton, Francis (1988). *Herencia y eugenesia*. (Raquel Álvarez Peláez, Trad.) Alianza.
- Gilbert, Martin (2009). “Churchill and Eugenics”. *Finest Hour Extras*. Disponible en: <https://winstonchurchill.org/publications/finest-hour-extras/churchill-and-eugenics-1/>
- Girón Sierra, Álvaro (2008). Darwinismo y política. *BILE*, 70-71, pp. 141-160.
- Inge, W. (1909). Some Moral Aspects of Eugenics. *The Eugenics Review*, Apr. 1, pp. 26-36.
- Jáuregui, Carlos (2010). “Los monstruos del latinoamericanismo arielista: variaciones del apetito en la periferia (neo)colonial”. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.
- Kevles, Daniel (1986). *La Eugenesia ¿Ciencia o utopía? Una polémica que dura cien años*. (Juan Guitérrez-Larraya, Trad.). Planeta.
- Kellerhoff, Sven (2016). *Mi lucha. La historia del libro que marcó el siglo XX*. (Lara Cortés, Trad.). Crítica.
- Klausen, Susanne. & Bashford, Alison (2010). Eugenics, Neo-Malthusianism, and Feminism. En A. Bashford; P. Levine (edits.), *The Oxford Handbook of The History of Eugenics* (98-115). Oxford University Press.
- Kolakowski, Leszek (1988). *La filosofía positivista. Ciencia y filosofía*. (Genoveva Ruiz-Ramón, Trad.). Cátedra.
- La Vergata, Antonello (2013). Eugenesia y utopía. En R. Ruiz; M. Puig-Samper; G.

- Zamudio (edits.), *Darwinismo, biología y sociedad* (pp. 237-251). Doce Calles.
- Miranda, Marisa (2010). Entre nature y nurture: homosexualidad, degeneración y peligrosidad en la ortodoxia eugénica argentina (1930-1970). En G. Vallejo & M. Miranda. *Derivas de Darwin. Cultura y política en clave biológica* (pp.201-224). Siglo XXI editores.
- Molero Mesa, Jorge. Jiménez-Lucena, Isabel. & Tabernero-Holgado, Carlos (2018). Neomalthusianismo y eugenesia en un contexto de lucha por el significado en la prensa anarquista española, 1900-1936. *História, Ciências, Saúde-Manguinhos*, 25(suppl.1), pp. 105-124.
- Moro, Tomás (1987). Utopía. En *Utopías del renacimiento* (pp. 37-140). (Agustín Millares Carlo, Trad.). Fondo de Cultura Económica.
- Neusüss, Arnhlem (1992). Dificultades de una sociología del pensamiento utópico. En B. Muniesa, comp. *Sociología de la utopía* (pp. 9-82). Hacer.
- Palma, Héctor (2018). La maldición de Procusto. Diversidad e integración de los saberes científicos. En H. Palma (edit), *Conexiones y fronteras. Desafíos filosóficos de las ciencias sociales en el siglo XXI* (pp. 31-60). Biblos.
- Platón (1993). *República*. (Antonio Camarero, Trad.). Eudeba.
- Pearson, Karl (1930). *Life, Letters and Labours of Francis Galton*. Vol.III A. Cambridge University Press.
- Rutherford, Adam (2022). *Control: The Dark History and Troubling Present of Eugenics*. Weidenfeld & Nicolson.
- Stern, Alexandra (2010). Gender and Sexuality: A Global Tour and Compass. En A. Bashford. & P. Levine (edits.), *The Oxford Handbook of The History of Eugenics* (pp. 173-191). Oxford University Press.
- Todorov, Tzvetan (1991). *Nosotros y los otros*. (Martí Mur Ubasart, Trad.). Siglo XXI.
- Turda, Marius (2010). Race, Science, and Eugenics in the Twentieth Century. En A. Bashford. & P. Levine (edits.) *The Oxford Handbook of The History of Eugenics* (pp. 62-79). Oxford University Press.
- Vallejo, Gustavo (2007). *Escenarios de la cultura científica argentina. Ciudad y*

Universidad (1882-1955). CSIC.

Vallejo Gustavo. & Miranda, Marisa (2014), Dirigir el azar: Iglesia Católica, evolucionismo y eugenesia en Argentina. En M. Puig-Samper. F. Orrego. & A. Uribe (edits.), “Yammerschuner”. *Darwin y la darwinización en Europa y América Latina* (pp. 327-344). Doce Calles.

Vallejo, Gustavo. & Miranda, Marisa (2019). Sobre humanos, animales y plantas: los estudios de la herencia en el ámbito académico agropecuario argentino y su impronta social (1886-1930). En M. Sarmiento. R. Ruiz. M. Naranjo. M. Betancor. & J. Uribe (edits.), *Reflexiones sobre el darwinismo* (pp. 451-468). Doce Calles.